

Abandonar no es ayudar

José Antonio VERA

Aunque estuve contra la guerra de Iraq, más por la forma que por el fondo, no puedo compartir las declaraciones del presidente del Gobierno en Túnez pidiendo al resto de los países de la coalición que retiren sus tropas y abandonen de inmediato aquel país. Y no puedo compartirlo porque, al margen de los errores evidentes de Estados Unidos en el planteamiento del conflicto, creo que ahora es cuando más falta hace que nuestros soldados y los de otras naciones vayan a Iraq a ayudar, a arrimar el hombro en la reconstrucción, a colaborar con el Gobierno iraquí, a levantar puentes y carreteras, a edificar infraestructuras, a trabajar en el restablecimiento de las comunicaciones y de la luz eléctrica.

No, con todo el respeto pero con plena convicción, creo que salir corriendo de Iraq, como hizo España, no es la solución. Primero, y es bueno subrayarlo ahora que se cumplen seis meses del once-eme y tres años del once-ese, porque da la sensación de que cedemos al chantaje del terrorismo, pues si el objetivo de la matanza de Atocha era provocar la retirada de España, hay que reconocer que lo lograron. Pero, en segundo lugar, porque la última resolución de la Onu, que firmó y apoyó el Gobierno, mencionaba expresamente el compromiso de la comunidad de naciones con la reconstrucción de aquel país, siempre y cuando se fueran cumpliendo los plazos de transferencia de poder a las autoridades locales iraquíes, cosa que está ocurriendo.

Además: la retirada española, siento ser así de claro, fue de todo, de casi todo, menos gloriosa. Una retirada militar nunca puede ser motivo de orgullo para los militares, ésa es la verdad. Y esta que protagonizaron nuestras tropas mucho menos, pues nos largamos dejando allí a otros que seguían comprometidos con la reconstrucción de un país que ahora necesita ayuda en vez de deserciones. Y, pese a todo, nos fuimos. Y lo hicimos dando la sensación al mundo de que habían vencido los terroristas. Y pese a que nuestros soldados lo pasaron mal, muy mal, cuando les despidieron los polacos, los portugueses, los sudamericanos, con variedad de insultos, con banderas blancas, con jocosos cacareos, como tuvo ocasión de relatar Diego Mazón en rigurosa exclusiva en La Razón. Nos fuimos pese a que nos lanzaron huevos y nos llamaron gallinas y nos mostraron las letrinas. Pese a que los nuestros salieron de allí llorando, «con la sensación de irnos con el rabo entre las piernas». Y pese a que la retirada fue instrumentalizada por algunos planteándola como un logro del Partido Socialista, con banderas del psóe acompañando a las tropas cuando aterrizaban en suelo español.

No, siento decirlo, pero aquello no fue algo de lo que uno pueda sentirse especialmente orgulloso. Más bien fue una abdicación. Más bien fue un gesto electorero, demasiado vinculado al interés inmediato de las urnas, insolidario en general, partidista en particular. Lo suyo, francamente, hubiera sido decir: señores, nosotros estuvimos contra la guerra, contra la ocupación de Iraq, contra los intereses del petróleo, pero una vez instalados en esta situación, con doscientos muertos en Madrid, con el chantaje terrorista encima, no podemos caer en la torpeza de dar a los terroristas lo que piden, de abandonar a los que necesitan nuestra ayuda, de marcharnos insolidariamente de donde somos necesarios, incumpliendo la última resolución de Naciones Unidas, el compromiso que firmamos de enviar más tropas a Iraq para ayudar, nunca de salir corriendo para desertar.

Se cumplen hoy seis meses del once-eme y tres años del once-ese. Llevamos ya más de año y medio de guerra en Iraq. Van más de mil muertos de la coalición en aquel conflicto absurdo, mal diseñado y planteado, y peor organizado y realizado. Se demuestra cada día que hay que combatir al terrorismo desde la legalidad, no desde la iniquidad de los bombardeos indiscriminados contra la población civil. Se demuestra también que el color del petróleo es negro y su textura espesa y que sus raíces estaban y están en Iraq, como lo están también en Chechenia y en Sudán. Pero se demuestra asimismo que no podemos ceder con debilidad ante el embate del terror suicida y homicida, pues quien termina cediendo al terror acaba dándole la razón al terror y siendo rehén de los terroristas. Y se demuestra sobre todo que por encima de cualquier otra consideración debe hallarse siempre la solidaridad ante el dolor de los que

son débiles y sufren por culpa de unos y de otros, sin ser ellos culpables, necesitando más que nadie que les ayudemos en los momentos de soledad, en las situaciones de adversidad.

Los soldados de España no fueron a Iraq a matar. Fueron a ayudar. El Gobierno se comprometió en la ONU a socorrer a los iraquíes en estos momentos de desdicha. Y, sin embargo, nos fuimos de Iraq cuando más nos necesitaban, por motivos probablemente electorales, en el momento en que más necesaria era nuestra ayuda, dando sensación al mundo de que claudicábamos ante la acción del onceme.

No, no puedo estar de acuerdo con esta llamada extemporánea a la deserción que fomenta la insolidaridad y da argumentos a los que matan indiscriminadamente a civiles con aviones bomba y mochilas en los trenes. Habrá que decirle a Bush lo que proceda cuando sea. Pero no podemos irnos dejando el trabajo a la mitad, desaparecer cuando nos reclaman, tomar una decisión de tal envergadura sin contar con los aliados, someter a nuestros soldados a la humillación del cacareo y los huevos de gallina. Porque abandonar no es ayudar.